

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

ACTO DE AMOR DE CARA AL PÚBLICO



Todos los derechos quedan reservados a su autor
2008

© Armando José Sequera 2008

Licencia Creative Commons



Editorial Electrónica Remolinos 2008

<http://es.geocities.com/editorialremolinos>

PRESENTACIÓN

Los cinco relatos que integran este volumen tienen un denominador común: son versiones muy personales de episodios reales o imaginarios reseñados en reconocidos libros.

El último requiere mención aparte: toma como punto de partida la recreación, a través de la radio, de un texto fantástico. Esta transmisión devino en un episodio histórico tanto o más increíble que la trama que desarrollaba, generando tal número de escenas asombrosas que, mientras más tiempo nos distancia de él, más inverosímil nos parece.

Como creo que esto último fue lo que ocurrió con los restantes episodios, supongo que en un remoto futuro este suceso se considere igualmente fabuloso. Para entonces, quizás también se dude de que yo haya existido.

En cuanto al contenido, en el primer relato *–El hombre más sabio del mundo–*, un ladrón se enfrenta al faraón Ramsés III, en un duelo de ingenios que anticipa en casi mil años al ajedrez. El argumento lo tomé del segundo de los **Nueve Libros de la Historia**, de Herodoto.

El segundo *–Las manos–*, abunda sobre un episodio del bíblico *Libro de Daniel* que, con variaciones, tiene una vigencia internacional escalofriante. En él, la honradez de una persona *–en este caso, una bella mujer–*, es puesta a prueba por dos jueces corruptos.

Crónica extemporánea del pancrancio refiere un enfrentamiento deportivo ocurrido cinco siglos antes de Cristo, en Grecia, cuyo resultado aún resulta estremecedor.

En el cuarto *–Acto de amor de cara al público*, texto que da nombre al volumen, un maestro arpista llamado Pai Ya ofrece una lección de humildad y nos enseña que, como en alguna ocasión ha afirmado el filósofo y ensayista español Julián Marías, “el artista es alguien que aumenta el mundo para los demás hombres”. La anécdota sobre la cual

construyo el relato la extraje de una obra tan breve como exquisita: **El Libro del Té**, del ensayista japonés Kakuso Okakura.

El último relato *–Halloween para Marcianos–*, reconstruye el increíble suceso de una invasión marciana radiofónica que aterrorizó a Nueva York, la noche de halloween de 1938. Aunque sus sesenta textos breves simulan ser testimonios reales, sólo siete tienen su origen en informaciones verdaderas.

A.J.S.

EL HOMBRE
MÁS SABIO DEL MUNDO

Rampsinito

A la hora en que el Sol estampa sus primeros filamentos de luz sobre el horizonte, Ramsés III despertó sudoroso y agitado.

Lo habían expulsado del sueño la sensación de peligro propia de las pesadillas y la idea de que un oscuro significado acechaba en lo que acababa de soñar.

Por boca de la esclava filistea con la que había pasado la noche supo que, antes de abrir los ojos, se había revuelto en el lecho y repetidas veces había tratado de apartar algo con la mano derecha.

La mujer hablaba atropelladamente, temerosa de que él la responsabilizara del mal sueño. Por eso, al tiempo que las palabras le salían a borbotones, lo acariciaba con torpeza y desesperación.

Ramsés III —a quien llamaban *Rampsinito* por corrupción de su nombre *Rameses p-si-Nit*—, la escuchó sin poner atención en lo que decía y luego la apartó sin contemplaciones.

La asustada filistea huyó de la habitación rápidamente, mientras el faraón hacía llamar a sus principales magos y sabios.

Poco después, éstos se fueron reuniendo en torno al lecho real, ocupando posiciones según el orden en que iban llegando. Algunos aún no estaban completamente despiertos y sostenían un combate con sus párpados.

Cuando estuvieron todos, Rampsinito les narró el sueño y exigió que le explicaran su significado.

Contó que, tras hallarse en una de las salas del palacio, se encontró ricamente vestido y deambulando por el desierto.

De un momento al siguiente y por acción del viento y de una llovizna casi horizontal que éste arrastraba, la arena se había transformado en una bandada de aves. Éstas, a medida que iban surgiendo, se elevaban hacia el cielo.

Pronto, había tantas que la luz del Sol apenas penetraba por los intersticios que momentáneamente dejaban las alas.

Pero el epiléptico eclipse había cesado de improviso, cuando las aves se habían lanzado sobre él a devorarlo. O no a él como había temido al principio, sino a sus vestiduras, todas confeccionadas con hilos de oro y plata y pedrería preciosa.

Antes de que las aves hicieran contacto con su traje, Rampsinito había escapado por una rendija del sueño hacia la vigilia.

Sus asesores se apresuraron a interpretar lo soñado como una preocupación por el tesoro real que, desde hacía algún tiempo, desbordaba los espacios donde se le guardaba.

Entonces Egipto era un país próspero porque, además de librar con éxito varias guerras para la defensa del territorio, Rampsinito se había ocupado de desarrollar la agricultura.

Gracias a los planes que él y quienes lo rodeaban habían concebido, la nación de las pirámides conocía una opulencia nada común en su época.

Por ello y también por una eficiente administración, las arcas reales alcanzaron un inusitado esplendor.

De hecho, la sala concebida inicialmente para albergar los tesoros se hallaba repleta desde hacía algún tiempo y las nuevas ánforas y vasijas repletas de gemas, monedas y metales preciosos eran tantas que se habían desbordado hasta el subconsciente del faraón.

Esa misma mañana, Ramsés III decidió construir una nueva sala del tesoro, para sustituir la existente.

El Constructor

Rampsinito convocó al mismo constructor de su tumba, un viejo arquitecto de 34 años –la edad promedio de vida apenas superaba los 40, en el Egipto de la época–, padre

de dos hijos, para que diseñase y edificase la sala en cuestión.

La construcción del recinto de piedra que éste forjó demoró apenas unas semanas. Se trataba de una habitación el doble de grande que la sala de tesoros original.

Su decoración, en cambio, fue más lenta y a ella se dedicaron durante varios meses los mejores artesanos de Egipto, ignorantes del uso que tendría y del que sólo estaban en cuenta el faraón, algunos de sus asesores y el constructor.

Cuando estuvo definitivamente concluida, se seleccionó un grupo de diez esclavos libios para que una noche efectuara el traslado de las cientos de ánforas y vasijas repletas de monedas, piedras y minerales preciosos que constituían el tesoro real.

Al término de la faena y poco antes de que el amanecer anunciase con un escándalo de colores que la vida seguía su curso, los diez fueron decapitados por la guardia del faraón, para que no revelasen el asombro que los tesoros habían despertado en ellos.

En los días en que emprendió la obra, el constructor entrevió en sueños una imagen que lo aterró: su cadáver yacía encarcelado en un sarcófago de segunda, en la sala funeraria que previsoriamente había construido para él, pero embalsamado de mala manera, porque sus hijos no habían tenido cómo pagar una verdadera momificación.

El escaso patrimonio que les había dejado, apenas había alcanzado para que su cadáver fuera sumergido unos días en un corrosivo baño de natrón, antes de ser introducido en un sarcófago de madera nudosa, en nada parecida al cedro ni al sicómoro. Entre los egipcios nada atemorizaba tanto como no poder recuperar el cuerpo una vez vuelto a la vida, por no estar éste debidamente momificado.

La visión del constructor se trasladó al recinto que ocupaba con su familia y pudo anticipar los comentarios sarcásticos de sus hijos, en torno a lo que consideraban una

estéril honradez paterna.

Durante varios días, mientras ordenaba la colocación de las piedras que formarían la nueva sala del tesoro, engendró la idea de calzar sin pegar una de ellas, de modo que en el futuro uno o dos hombres –sus hijos–, pudiesen moverla fácilmente.

El sueño resultó profético. Meses después, el constructor enfermó de gravedad. Entonces, al saberse moribundo, a merced de un mal desconocido, el constructor llamó a sus hijos y les comunicó el secreto.

Tal vez sería castigado en la otra vida por faltarle al faraón, pero una pena mayor que la de no poder recuperar su cuerpo, era muy difícil de concebir entonces.

Los dos rostros que vio iluminados, no tanto por la antorcha que resplandecía inquieta desde una pared, sino por un sentimiento que provenía de muy lejanos y vastos territorios del espíritu, le hicieron pensar que había hecho lo correcto.

Primer Ladrón

El constructor murió a la mañana siguiente.

Esa misma noche, con la idea de extraer sólo lo necesario para brindar el digno embalsamamiento y entierro que garantizase a su padre una segunda vida en Ra, mientras éste recorriese los cielos, los dos hijos decidieron ingresar en la sala del tesoro de Rampsinito.

Tras burlar al único guardia que vedaba el camino, no les resultó difícil encontrar la piedra movediza que había indicado su padre e introducirse en la cámara.

Apoyados por una vela que generaba largas y fantasmagóricas sombras sobre las paredes, los dos jóvenes recorrieron la estancia con el estupor de quien transita un sueño. Los destellos que surgían de la superficie de las numerosas ánforas que ocupaban el recinto daban la

impresión de un mar picado en horas del mediodía. Sin duda, el tesoro del faraón era mucho mayor de lo que habían pensado y de lo que cualquiera podía imaginar.

Cuando el asombro cedió paso a la certeza, se apoderaron de las monedas necesarias para cumplir su propósito y nada más. Como no querían suscitar la menor sospecha de su incursión, tomaron las que sobrenadaban en las ánforas y vasijas más alejadas de la entrada.

Al salir, dejaron de nuevo la piedra en su lugar y se marcharon, burlando por segunda vez al centinela.

Coincidentalmente, Ramsés III decidió recorrer la sala del tesoro al otro día. Le gustaba sentir sobre sí la multitud de relámpagos que brotaba de sus riquezas y, cada vez que podía, se concedía ese capricho. Para él, ese ir de ánfora en ánfora y de vasija en vasija, introduciendo sus dedos, era como bañarse en un océano de energía. Cuando abandonaba el lugar, se sentía renovado, poderoso, como correspondía a un hijo de Ra.

Esa mañana, apenas entró en el aposento, advirtió el robo. Algunos recipientes en el fondo —él los conocía todos en detalle—, delataban la intromisión de personas ajenas al lugar. La superficie de su refulgente contenido mostraba una ligera mengua, imperceptible para otros ojos pero no para los suyos.

Lo más extraño de todo era que los sellos que sobre la puerta vedaban el paso a cualquiera que no fuese él, habían permanecido intactos hasta su ingreso.

Los dos ministros que lo acompañaban opinaron que el despojo tenía un origen sobrenatural, pero Rampsinito sabía que sólo los hombres estiman las riquezas terrenales tanto o más que sus propias vidas.

La misma sorpresa lo ocupó al ver cómo, en los días siguientes, sus posesiones siguieron mermando, sin que fuera posible explicar cómo ni por intervención de quién. En el suelo no había rastros de resina diferentes a los que dejaban

sus antorchas. Sí se advertían huellas humanas de pies, ajenas a las suyas y a las de sus habituales acompañantes.

A la noche siguiente, el robo se repitió. Lo notó al observar no sólo las nuevas huellas en el suelo, sino también a una de las ánforas, en la cual alguien había escarbado con inocultable codicia.

Para prevenir una tercera incursión, el faraón aumentó el número de centinelas en los alrededores de la sala. Mas, esto tampoco surtió efecto y el recinto fue violado otras tres veces en igual número de noches consecutivas.

Tras observar el lugar, Rampsinito dedujo que quien se introducía allí lo hacía por una entrada desconocida por él y por sus asesores económicos. Esta entrada debía hallarse en el suelo o en alguna de las paredes, pero no en el techo, ya que éste era vigilado constantemente desde una torre contigua. Comprendió, además, que las últimas invasiones se habían realizado en tinieblas, pues cualquier luz, por mínima que fuese, hubiese sido delatora.

Si ello era así, el ladrón o ladrones ingresaban al recinto a oscuras. Un muy tenue olor a sebo demostraba que, al entrar, alguien encendía una vela que, obviamente, apagaba al salir.

El faraón advirtió que, aún con la iluminación que proporcionaban las antorchas sostenidas por sus esclavos de confianza, a los pies de los recipientes –sobre todo, en los de los más apartados–, abundaban las sombras.

Ramsés III tuvo entonces una idea: hizo colocar varios lazos alrededor de las tinajas, para capturar al ladrón o ladrones. Razonó que una trampa a base de nudos permitiría capturar al criminal o, al menos, retenerlo hasta el arribo del alba, cuando la fuga resultase imposible.

Ese día, poco antes de la medianoche, los hermanos penetraron de nuevo al recinto sin intuir la celada.

La incursión parecía tan sencilla como las precedentes, pero cuando sólo habían dado unos pasos, uno de los

hermanos fue atrapado por un lazo.

Durante un rato, el capturado y su hermano forcejearon con los nudos, sin lograr otra cosa que apretarlos más.

Al fin, cuando la luz de la vela estaba por extinguirse, el primero comprendió que no tenía escapatoria y pidió al otro que le cortase la cabeza para evitar ser reconocido y para que, siquiera uno de los dos se salvase y pudiese disfrutar del repetido botín.

Tras llenar uno de los dos recipientes de tela que habían llevado y superar los impulsos en contra, el segundo ladrón degolló a su hermano, asió la cabeza por los cabellos aún erizados por el horror, y salió a la madrugada, no sin antes devolver la piedra a su lugar.

Intuía que esta incursión había sido la última y que, en adelante, jamás podría efectuar otra.

Mientras huía, no dejaba de mirar a uno y otro lado, pues comprendía cuan comprometedor resultaba portar la cabeza que no tardaría en identificarse con el degollado en la sala del tesoro faraónico.

Para su fortuna, nadie transitaba por los alrededores y pudo alcanzar su casa sin más contratiempos.

Segundo Ladrón

Al entrar en la sala y descubrir el cuerpo, antes que sorprendido Rampsinito se sintió burlado.

Alguien provisto de recursos insospechados lo eludía como sólo se sabe que pueden hacerlo las sombras o los espectros.

Pero, sin duda, no era ni uno ni otro y la prueba estaba allí, en el suelo.

Tras revisar la enorme habitación, el faraón ordenó colgar al decapitado en la fachada del palacio e instruyó a los centinelas para que capturasen a quien, frente al muerto, mostrase compasión o llanto.

Ello molestó sobremanera a la madre de los ladrones, porque consideraba que al degollado debía ofrecérsele la consabida disecación y sepultura. Indignada, instó al hijo que le quedaba a que recuperase el cuerpo de su hermano. Si no lo hacía, amenazó, ella iría personalmente a denunciarlo ante el faraón.

Como no tenía otra salida, el segundo ladrón dedicó las siguientes horas a trazar un plan que le permitiese rescatar el cadáver y, a la vez, evadir cualquier castigo posterior.

Esa misma tarde aparejó unos burros, los cargó con varios odres de vino y se trasladó al palacio.

Cuando estuvo cerca de los centinelas, soltó las ataduras de tres de los odres, al tiempo que fingía lamentarse por el accidente.

A sus voces, acudieron los guardias, con sus vasijas en ristre, dispuestos no a ayudar al arriero en desgracia, sino a no desperdiciar el vino que se derramaba.

En un primer momento, el segundo ladrón simuló estar furioso y colmó de improperios a los centinelas, pero como éstos procuraron calmarlo y lo ayudaron a contener la fuga del líquido, poco a poco se fue apaciguando, hasta que accedió a sacar a los burros del camino y ajustar la carga.

Uno de los guardias le hizo reír con sus chanzas, mientras le auxiliaban y, en retribución, le obsequió un odre.

Sin pensarlo mucho, los guardias se tendieron en el lugar a disfrutar del inesperado regalo y le pidieron a su benefactor que se quedara y compartiera el vino con ellos.

Él no se hizo rogar y, como le festejaban con evidente espontaneidad, al vaciar el primer odre les proporcionó un segundo, que los hombres consumieron hasta emborracharse.

Apenas se durmieron, el ladrón descolgó el cuerpo de su hermano, lo montó sobre uno de los burros y se alejó varios metros en dirección contraria.

Sin embargo, no resistió el deseo de humillar a los guardias y retornó para afeitarles meticulosamente la mejilla

derecha.

Al enterarse Ramsés III de que habían rescatado el cuerpo sin cabeza y se habían burlado de su guardia, se sintió muy mal. El asunto había llegado más lejos de lo que esperaba y había dejado de ser un caso de robo reiterado para convertirse en una guerra de ingenios, en la que hasta ahora le había tocado llevar la peor parte.

Estaba consciente de que su próximo paso para encontrar al culpable, no sólo de las sustracciones sino de esta última audaz fechoría, debía ser definitivo.

Como en las horas siguientes no se le ocurrió nada mejor, tomó una decisión que en nuestros días resulta inaudita.

Recluyó a una de sus hijas en una estancia y le hizo una exigencia más insólita aún: allí debía entregarse a cualquier hombre que la requiriese sexualmente pero, antes de hacerlo, debía exigir a éste que le contase cuál era la acción más sutil y cuál la más criminal que hubiese realizado hasta entonces.

De este modo, si se presentaba el ladrón de los tesoros y del cadáver y contaba sus hazañas, ella debía aferrarse a él y dar voces para prenderlo.

En los alrededores y simulando ser ciudadanos comunes, permanecerían algunos miembros de la guardia.

No se sabe cómo el ladrón se enteró de esta treta, pero sí que al conocerla organizó una aún más aguda y con un toque macabro.

Para cumplirla, cortó el brazo —desde el hombro—, a un campesino que había muerto ese mismo día y con él en su poder llegó hasta la hija de Ramsés.

En la oscuridad del aposento al que fue conducido, el segundo ladrón no objetó el requisito que la joven le imponía para yacer con ella. Refirió como su acción más criminal la de robar las riquezas del faraón y cortar la cabeza de su hermano y como la más sutil, la de emborrachar a los

guardias para robar el cadáver decapitado.

Al escuchar esto, la princesa lo asió tan fuerte como pudo y profirió varios gritos.

Cuando acudieron en su auxilio y a la luz de numerosas antorchas, la descubrieron aferrada a un brazo humano y sin que –como en el caso de las lagartijas–, quedara en el lugar rastro alguno de su poseedor.

Cuando supo de esta nueva proeza, el faraón se admiró sobremanera de la astucia de su oponente y entendió que, en lugar de perseguirlo, debía atraerlo a su lado.

Sin pérdida de tiempo, envió un bando a todas las ciudades egipcias, ofreciendo al ladrón grandes dádivas e impunidad si se presentaba ante él.

Como todavía la palabra de los gobernantes era de fiar, el ladrón se acogió al indulto.

Ramsés III no sólo respetó su vida sino que, como en un cuento de hadas, le entregó por esposa a su hija y lo colmó de riquezas, festejándole de paso como el hombre más sabio del mundo pues, si como se pensaba en ese tiempo los egipcios eran superiores a todos los hombres, él había demostrado que era superior a todos los egipcios.

LAS MANOS

Meñique

Mientras caminaba hacia su inminente ejecución, injuriada por la multitud y llorada en vida por sus familiares, Susana se anticipó en poco más de seis siglos al humillante itinerario del Gólgota.

La flanqueaban el estupor de quienes por su virtud la apodaban *La Casta* y la hipocresía de dos jueces que, al no poder degustar sus intimididades, habían urdido una infame acusación, habían desarrollado un juicio indigno y ahora se aprestaban, para colmo, a constituirse en sus verdugos.

La anegaban, además del sarcasmo de quienes se consideraban burlados por su comportamiento, el miedo a no poder despertar el próximo día ni ver, por consiguiente, los rostros que amaba, pues se sabía a merced de las circunstancias.

Anular

Apenas habían transcurrido unos minutos al otro lado del mediodía y se habían marchado los visitantes de esa mañana, cuando Susana, hija de Helchías y esposa de Joaquín, resolvió efectuar su acostumbrado paseo y, por el calor imperante, sumergirse luego en el estanque del jardín de su casa.

Había sido un día agobiante y caluroso ese del año 607 antes de Cristo.

Indelicadas gotas de sudor desagradaban a Susana – cuyo nombre, en hebreo, significa “Lirio” –, quien era una mujer particularmente bella y, según señala el anónimo cronista que agrega los dos últimos capítulos al *Libro de Daniel*, “de gracioso aspecto”.

Su marido era un hombre rico, de gran prestigio, y la casa que habitaban era bastante cómoda y espaciosa. Tanto que su planta baja servía de lugar de reunión a los judíos que

en Babilonia sobrellevaban su exilio, ese exilio estelar impuesto por Nabucodonosor II, del que nació una religión, una mitología, una de las más celebradas óperas de Verdi y la conciencia de un pueblo de estar destinado a grandes empresas.

La mayoría de los visitantes no iba para saludar a Joaquín o departir con él, ni para admirar la belleza de su esposa sino porque, desde la hora prima hasta el advenimiento del mediodía, allí despachaban dos ancianos amigos del dueño de casa, que habían sido encargados ese mismo año de resolver los litigios surgidos en el conglomerado judío.

Durante el tiempo en que habían desempeñado sus cargos, ambos se sintieron atraídos por Susana. Les maravillaba ver cómo las manos de la mujer dibujaban caricias en el aire, a la manera de las mariposas. Escuchar su voz apacible como el anuncio de la primavera. Observar su cuerpo cubierto por exquisitas telas e imaginar bajo ellas las aromáticas delicias que la brisa prometía. Advertir que la castaña cabellera de la hebrea cabalgaba con sutileza sobre sus hombros.

Ambos jueces reservaron sus afectos hasta un día en que, como sucede en las malas comedias, se despidieron para ir a comer y, minutos más tarde, se sorprendieron mutuamente en el jardín, acechando a Susana.

A partir de ese momento y como no se fiaban uno del otro, acordaron aguardar juntos una ocasión propicia para expresar a la mujer de su amigo cuanto sentían y deseaban.

Ésta se presentó aquel sofocante día del 607 antes de Cristo cuando, ajena a lo que los viejos tramaban, Susana decidió tomar un baño.

Medio

Mientras se desvestía y entraba al estanque, Susana

ordenó a sus doncellas que cerrasen las puertas del jardín y le trajeran jabón y aceite.

Los jueces esperaron hasta verla sola y desnuda, para salir de su escondite.

Tal como habían pensado, el cuerpo de la hebrea era exquisito, tallado por manos y cinceles sublimes, ajenos sin duda a la imperfección humana.

Susana se sobresaltó al verlos, pero no se escandalizó porque creyó que se trataba de una coincidencia.

Mientras sus manos se ocupaban de cubrir los pechos y el pubis, su sonrisa desviaba la atención hacia el resplandor escarlata de sus labios, como hacen los magos cuando pretenden despistar a su auditorio.

Sin embargo, no tardó en comprender la verdadera situación en que se encontraba, ya que los ancianos no omitieron detalles de su pasión ni de sus pretensiones, ni tampoco escatimaron amenazas.

—¿Qué puedo hacer? —gimió Susana—: ¡si me niego, ustedes me condenarán a morir lapidada y si consiento tendré una muerte aún peor, pues no habrá un día en que no me avergüence de mí misma, ni habrá fuego que purifique mi deshonra, ni cielo bajo el que pueda esconder mi desdicha!

Aunque se supo perdida al evaluar las miradas de sus acosadores, Susana hizo lo que ellos menos esperaban: gritó con todas sus fuerzas, en demanda de auxilio.

Pero los ancianos se repusieron al instante y también gritaron, dando inicio a su anunciada patraña.

Ante el vocerío entrecruzado, acudieron las doncellas y los familiares de Susana, excepto Joaquín, que se hallaba ausente.

La escena que presenciaron les dejó estupefactos: en el jardín, a la orilla del estanque, la joven dueña de casa, desnuda, forcejeaba con uno de los viejos cuya mano derecha, sudada por el nerviosismo, aplicaba al brazo izquierdo de la mujer una especie de tenaza firme y babosa,

como de cangrejo.

El otro juez, entretanto, había corrido a abrir las recién cerradas puertas del jardín, para dar a entender que por allí había escapado un amante de Susana al que él no lo había podido alcanzar.

Como era de esperarse, nadie creyó a Susana su versión.

Los viejos la reprendieron agriamente, encarando con fingido estupor la acusación de que ella los hacía objeto y manifestando una gran aflicción por actuar conforme a la Ley, en contra de la mujer de su amigo.

Para simular benevolencia y en consideración a que Joaquín se hallaba ausente, aceptaron aplazar el juicio hasta el otro día.

Esa noche, Susana conoció uno de los peores infiernos que el hombre ha creado, durante su convivencia consigo mismo: el de la condena sin derecho a defensa. Nadie la oía, todos la rechazaban e incluso evitaban pasar a su lado. Sólo percibía reproches en las miradas circundantes.

En cuestión de horas, todas sus virtudes se habían eclipsado y nada más se aludía a sus defectos.

Ni siquiera Joaquín, que era su última esperanza, le creyó. Su marido, tan pronto se enteró de lo ocurrido, tornó a casa, presa de una abrumadora indignación.

Y aunque en su interior ardía un torrente de reproches, no dijo nada al ver a Susana postrada en un rincón, en el suelo, casi mendigando que alguien la oyera. En los ojos de Joaquín asomaba un desconcertado desprecio que, para la acusada, resultaba peor que la más oprobiosa de las frases.

Como Susana insistiese entre sollozos y estremecimientos en su inocencia y, a medida que avanzaba la noche, aumentó el volumen de sus súplicas de credibilidad, Joaquín se acercó a ella y le colocó las manos en el cuello.

No lo apretó y no supo por qué.

Sin poder reprimirse, dejó en cambio que su mano

derecha se internara en el cabello de la mujer y, aunque la retiró de inmediato, el gesto bastó para apaciguarla.

Ningún otro miembro de la familia se acercó a ella esa noche –ni siquiera Helchías, su padre–, como si se hubiera descubierto que su cuerpo estaba lleno de pústulas y estigmas.

Por supuesto, no pudo dormir y la oscuridad que a diario le permitía sumergirse en el sueño, esta vez la envolvió como un sudario.

Sus mejillas permanecieron tirantes y salobres hasta el amanecer, en tanto sus muy hermosos ojos amanecieron enmarcados por sombras de dolor en los pómulos, transformados en un mustio remedo de lo que eran.

Tuvo la impresión de que el mundo había cambiado de lugar en el espacio o de que ella había despertado al otro lado de un mal sueño, cuando escuchó la primera ráfaga de cantos de los gallos, cuando el alba le mostró los inequívocos estragos del insomnio, cuando comprendió que la luz, en lugar de alivio, le laceraba el espíritu.

En el momento en que los viejos le ordenaron comparecer ante ellos y el pueblo reunido en la planta baja de su casa, Susana deseó haber muerto ya, deseó que un tremedal repentino le evitara el bochorno mayúsculo que se avecinaba para ella y su marido, para sus hijos y su padre. Deseó volverse polvo y en remolinos ser rescatada por la brisa. Deseó llenarse de vacíos y silencios y ser nada y deseó que un relámpago deshiciera su integridad o que un cataclismo la librara del mundo, agrietando el lugar donde se hallaba.

Cuando se incorporó e intentó despojar sus manos del polvo que el suelo había dejado en ellas, frotando una contra la otra, descubrió con asombro que ambas estaban totalmente limpias, que no las había maculado ni una sola de los millares de partículas que los rayos del sol revelaban en la estancia.

Sin comprender por qué, este detalle le dio la fuerza interior que tanto había anhelado.

Minutos más tarde, al descender por la escalera, su cuerpo mostraba la majestuosidad que le era habitual y ello inflamó aún más a quienes con excesivo celo clamaban por lapidarla.

Su padre y su marido, al verla pasar junto a ellos, bajaron los ojos y con ese gesto simple y contundente a la vez, la entregaron al Destino.

Índice

A Susana la hicieron comparecer al juicio sin velo alguno sobre el rostro, como se acostumbraba hacer en los litigios por infidelidad. Ello constituía una de las mayores humillaciones de su tiempo y cultura y señalaba de antemano su culpa.

Al ubicarse en su asiento de acusada, frente a la multitud, la mascarada dio comienzo de nuevo, desestimándose desde el principio su versión de los hechos.

Fue necesario mandar a hacer silencio en varias ocasiones, porque la voz de Susana, enronquecida por el llanto nocturno, apenas resultaba audible ante la vocería dominante.

Quizás lo que más molestaba era que *La Casta*, pese al evidente trasnocho y sufrimiento y a que comprendía que dijese lo que dijese igual sería condenada, lucía majestuosamente serena, como si en medio de tan asqueante tempestad se hubiese aferrado a una esperanza.

Entre los presentes era posible delimitar tres actitudes dominantes: había los que pedían su muerte inmediata y llegaban al colmo de mostrarle las piedras que tenían para arrojarse.

Había quienes aún no abandonaban la estupefacción que les causaba presenciar lo que jamás creyeron que

presenciarían y quienes en contraste con la serenidad que ella exhibía sollozaban, provocando un estremecedor contrapunto.

Los dos viejos se habían parapetado tras una actitud de severa y inefable justicia, al punto de que llamaba la atención el hecho de que se comportasen tan decorosamente, pese a que Susana les había acusado de manera alevosa y ruin.

Ni siquiera se mostraron alterados, cuando relataron su versión, ni mucho menos cuando ambos se situaron detrás de ella y le colocaron las manos sobre la cabeza, simbolizando con ello que la sentenciaban a morir lapidada.

La muchedumbre se enardecía con la decisión y hasta hubo que contener a los más exaltados, para evitar que apedreasen allí mismo a Susana.

Como la sentencia debía cumplirse de inmediato, todos los presentes partieron con celeridad hacia el lugar donde los condenados a lapidación se situaban, en espera del castigo mineral que habían merecido sus culpas.

Muchos hombres y algunas mujeres corrieron para reservar los mejores puestos.

Al abandonar la casa, dos hombres la flanqueaban, arrastrándola por los brazos a una velocidad mayor de la que ella podía caminar, para someterla a una humillación adicional. Nunca el ser humano es más cruel con uno de sus semejantes que cuando trata de castigar en otro aquello que desea pero no se atreve a hacer.

Cada tantos metros, los intrigantes se miraban de reojo, satisfechos con la impunidad de su patraña.

En el trayecto, sin embargo, ocurrió algo inesperado.

Un adolescente llamado Daniel, que acompañaba al cortejo, se detuvo de pronto y empezó a gritar:

—¡Inocente soy yo de la sangre de esta mujer!

Tan fuerte y con tanta seguridad lo repitió, que la turba también se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir con esas palabras? —preguntó uno

de los más extrañados por lo singular de la situación.

—¡Son tan necios que han condenado a una hija de Israel, sin haber investigado y sin tener conciencia clara de las cosas! —respondió Daniel—. ¡Volvamos al lugar del juicio porque es falso el testimonio que éstos han dado contra ella!

Pulgar

Con despreciable sangre fría, los dos jueces instaron al adolescente a que declarase qué lo llevaba a suponer alguna irregularidad en el juicio, pero Daniel no les contestó. Permaneció en silencio hasta que la multitud retornó a la casa de Joaquín.

Una vez allí, se dirigió a los presentes:

—¡Para poner las cosas en claro, es preciso que los separen lejos el uno del otro —dijo, indicando a los ancianos—, en tanto yo los interrogo!

Una vez hecho lo que Daniel había pedido, el futuro profeta se enfrentó al primero de los jueces, al que delante de toda la concurrencia preguntó:

—¡Envejecido en el mal, han llegado a cuenta los delitos que has cometido en el pasado, cuando dictabas sentencias injustas, condenabas a los inocentes y absolvías a los culpables! ¡Di, si es que viste realmente a ésta con un amante, ¿bajo qué árbol los sorprendiste juntos?

—Debajo de aquel lentisco —respondió el aludido, señalando en los alrededores del estanque a uno de esos arbustos famosos en el mundo, por extraerse de incisiones practicadas en su tallo la llamada goma arábica.

—¡Tu mentira caerá sobre tu cabeza! —replicó Daniel.

Retirado el primer juez, se hizo venir al segundo, ante quien Daniel repitió su pregunta:

—¡Raza de Canaán, que no de Judá, la hermosura te ha seducido y la pasión ha trastornado tu corazón! ¡Durante mucho tiempo te has aprovechado de las hijas de Israel que,

por miedo, consentían a tus deseos, hasta que una hija de Judá no soportó tu iniquidad! ¡Di, si es que viste a ésta con un amante, ¿bajo qué árbol los hallaste juntos?

–Debajo de aquella coscoja –apuntó el aludido.

–¡Tu mentira también caerá sobre tu cabeza! –contestó Daniel.

En un momento, se produjo una marea de sentimientos.

Quienes hasta hacía poco vulneraban a Susana con sus comentarios, sus imprecaciones e incluso con sus escupitajos, ahora buscaban disimular su comportamiento, aduciendo que habían sido engañados y responsabilizando enteramente del oprobio a los dos jueces.

Unos pocos optaron por retornar a sus casas, sinceramente avergonzados.

Toda la furia que se había manifestado contra la hermosa hebrea se volvió, duplicada, contra los abyectos jueces que al instante fueron prendidos por la multitud y conducidos al lugar donde habían pretendido inmolar a Susana.

Por el camino, los ancianos vociferaron y patalearon como insectos a los que se ha cortado por la mitad.

No dejaron de maldecir hasta que una elíptica lluvia de piedras maceró su infamia.

CRÓNICA EXTEMPORÁNEA
DEL PANCRACIO

Creugas de Epidamio tuvo conciencia de la noche porque, en el sudor de su adversario, Demóxenes de Siracusa, se reflejaban los titilantes fulgores de las antorchas.

Combatir toda una tarde había obnubilado y, simultáneamente, afinado sus sentidos, abstrayéndolo del mundo circundante y reduciendo su cobertura sensorial al cuerpo de Demóxenes que, junto a él, orquestaba involuntariamente un jadeante contrapunto.

Alrededor de la cambiante figura que ambos elaboraban sobre la arena, los espectadores aupaban y espoleaban sus similares ansias de victoria.

Por encima de sus magullados y terrosos cuerpos, las voces entretejían un firmamento sonoro en el que, como fugaces constelaciones, resplandecían arengas de todo tipo: desde aquellas que se afincaban en sus nombres y nacionalidades, hasta las que contenían alguna blasfemia o ponían en duda la capacidad y la hombría de uno u otro.

El combate se había iniciado al mediodía, con el sol en el punto más elevado de su recorrido y constituía la final del pancracio en los Juegos Nemeanos, celebrados en la región de la Argólida, cerca de cinco siglos antes de Cristo. Por ello, ninguno de los dos, luego de tantas horas de lucha, se resignaba a ceder ante el otro.

En las casi siete horas que habían transcurrido, cada uno había estado a punto de doblegar al oponente en varias ocasiones, pero también cada uno había tenido que contrarrestar angustiosos momentos de apuro.

En el pancracio estaba permitido derribar, golpear y retorcer las extremidades de los oponentes, siempre y cuando no se evidenciara una intención alevosa, reñida con los principios deportivos. Alternativamente, Creugas y Demóxenes habían recurrido a toda clase de golpes y torsiones conocidos y permitidos, sin saborear hasta entonces el éxito definitivo.

Durante uno de los descansos acordados, Creugas tuvo, sin saberlo, un atisbo del final, cuando entre la multitud vociferante vislumbró repentinamente un rostro cadavérico en el que, contra su voluntad, concentró su mirada durante algunos segundos. Fue una visión fugaz pero, tan nítida, que no pudo contener una mueca de terror ni el estremecimiento que lo recorrió al reanudar el combate.

Apenas dos minutos más tarde, Demóxenes no supo a ciencia cierta si fue su golpe o una conjunción de éste y ese algo extraño que, en el descanso, había visto asomar en el rostro de Creugas lo que hizo que éste cayera, en apariencia de modo definitivo.

Sin embargo, resoplando, haciendo un acopio de valor y energías, el de Epidamio se incorporó y volvió a la carga, concentrando en su ataque toda la determinación de quien pretende desafiar al destino.

Demóxenes resistió la embestida y hechos un alud se precipitaron por enésima vez a tierra.

Contra lo que Demóxenes había supuesto, la lucha se prolongó sin definición durante varias horas más. Creugas -advirtió su rival-, ahora combatía mecánicamente, sumido en una asombrosa inconsciencia. Refugiado allí, nada parecía afectarlo.

Hacia la medianoche, Demóxenes tenía los pómulos tumefactos y de su boca manaba un riachuelo sanguinolento que, en realidad, era más saliva y espuma que sangre. Uno de sus ojos estaba casi cerrado y cojeaba de la pierna derecha: Creugas le había torcido el pie de ese lado al final de la tarde y no le había sido posible recuperarse. Antes, al contrario, a medida que el tiempo transcurría, la dolencia se acentuaba, trastornando su concentración, cuando debía afincarlo para efectuar o aguardar una carga.

Creugas no estaba menos agotado, pero ni sangraba ni mostraba disminuida parte alguna de su anatomía. Permanecía, sí, con la mirada errabunda, extraviada en un

infierno de sangre en ebullición y respirando cada vez con mayor dificultad.

Al rebasar la medianoche, los espectadores se hallaban afónicos, extenuados, agresivos. Algunos, incluso, habían tratado de intervenir en beneficio de su favorito, por lo que habían sido extrañados de los alrededores de la competencia. Las fuerzas de ambos combatientes habían menguado hasta el último límite. Los jueces mismos apenas se podían mantener en pie.

Como no estaba contemplada la posibilidad de acordar un empate, los jueces, tras una rápida consulta, convinieron en que a partir de ese momento, los adversarios se golpearían por turnos con sus puños. También establecieron que quien esquivara algún golpe sería descalificado.

Al proseguir la contienda, Creugas pegó primero, un equivalente de lo que hoy sería un directo a la cabeza. Demóxenes resistió, aunque trastabilló ligeramente por la contundencia del impacto. Al momento, contestó y con un gancho en el bajo vientre decidió la pelea: Creugas, hasta entonces vertical y poderoso, se desplomó mansamente.

En la manera de golpear Demóxenes, incidió el cansancio, la sensación de que, si no terminaba pronto con su rival, su voluntad -e incluso su cuerpo-, comenzarían a flaquear pues el último golpe recibido había puesto en evidencia que su pierna izquierda le empezaba a desobedecer.

Al caer su adversario y como un deportista de veinticinco siglos más tarde, Demóxenes alzó los brazos en señal de triunfo. Orgulloso, observó a su rival caído, rodeado por los jueces.

Éstos, tras examinar a Creugas y dictaminar que había muerto, deliberaron durante un tiempo que a Demóxenes se le asemejó a la noción aproximada que el hombre puede tener de la eternidad. Al fin, se irguieron y ofrecieron su dictamen inapelable que, por sorpresivo, ha trascendido más de dos milenios.

En un gesto que ha carecido de antecedente o repetición, los jueces declararon vencedor al muerto y expulsaron de la justa al sorprendido Demóxenes, porque consideraron que su golpe había sido ilícito.

Luego, coronaron de laureles al cadáver de Creugas que exánime, boca arriba, bajo los titilantes fulgores de las antorchas, semejaba un dios abatido, despojado de su inmortalidad.

ACTO DE AMOR
DE CARA AL PÚBLICO

Tierra

Hace muchos años, tantos que no caben en la memoria de ningún individuo, ocurrió la historia de un arpa de la que resultaba imposible extraer melodía alguna.

Pertenecía al emperador Shih Huang Ti, el constructor de la Gran Muralla, y la había fabricado el mago más poderoso de toda China –incluida Manchuria–, con madera de las ramas de un árbol kiri que, por la majestuosidad de su estatura, merecía comparársele con Fu Sang, el Árbol de la Inmortalidad.

Su copa era tan elevada que quien subiera a ella podía dialogar con los astros.

Sus raíces se hundían a tal profundidad en la tierra que mil hombres tirando de él simultáneamente, en una misma dirección, no lo habrían movido de su posición original, ni siquiera el espacio ocupado por la circunferencia de un planeta de polvo, de esos que a contraluz se muestran errantes, cabalgando sobre un rayo de sol.

A cientos de metros debajo suyo, rodeado por el espeso tejido que formaban las raíces, dormía desde hacía siglos un dragón de plata.

Este árbol se mantuvo incólume durante casi mil años, en el desfiladero de Lung Men hasta que, valiéndose de un hechizo, el mago se atrevió a mutilar algunas de sus ramas bajas.

Para evitar el despojo, el kiri tensó su madera cuanto le fue posible y solidificó su savia hasta un nivel comprometedor para su vida, pero inútilmente. Lo único que consiguió fue impregnar de su espíritu indomable los fragmentos extirpados a su enorme cuerpo.

En un primer momento, el mago pretendió fabricar una pareja de autómatas, pero la solidez nudosa del material le obligó a cambiar de idea.

Luego pensó construir un mueble para guardar sus

sueños y los de todos los habitantes de la comarca, pero también a ello se opuso la madera.

Al fin, contemplando la obstinada curva de la rama más ancha, se le ocurrió tallar un arpa capaz de torcer con su canto el rumbo del rocío matutino sobre los crisantemos y de tornar al fabuloso leopardo negro en un vendaval de escarcha.

Al cabo de varios días de sublime labor, el arpa desafiaba la belleza de las vírgenes de jade y eclipsaba la claridad del mismo rey del cielo. La alejaba de la perfección el peor de los defectos que puede habitar en un objeto creado para hacer música: al rasgar sus cuerdas, permanecía muda e indiferente al esfuerzo de los ejecutantes. No había mano ni encantamiento que le extrajese un acorde.

Fuego

Shih Huang Ti se caracterizó por ser un gobernante de grandes decisiones.

Además de iniciar la construcción de la Gran Muralla, para defenderse de las invasiones tártaras, dividió al país en treinta y seis provincias. Uniformó las leyes y también las pesas y las medidas. Desarmó a los señores feudales, trazó canales y carreteras y simplificó la escritura.

El lado negativo de su gobierno lo emparenta con Amr Ben El Assí, lugarteniente de Omar, quien hizo quemar la Biblioteca de Alejandría y con Nabonasar, monarca de Babilonia que mandó a destruir todas las historias y relatos de los reyes que le antecedieron, para que la historia comenzase con él.

Ti ordenó la cremación de todos los libros escritos antes de su ascenso al poder, como castigo a los autores que se habían atrevido a criticar su política.

Muy pocas obras escaparon a la acción del fuego.

Sin embargo y como ocurre cada vez que los tiranos le dan la espalda a la historia, la catástrofe generó una actividad

literaria de enorme intensidad.

En los años posteriores a la quema se recopiló y publicó de nuevo todo cuanto habían devorado las llamas y además de las tablillas de madera sobre las que se “rayaban” los manuscritos, se empleó la seda como soporte para los libros y se escribió no sólo con pluma de bambú, sino también con pincel de pelo de camello.

De esta época también data un invento que perdura hasta nuestros días, la llamada tinta china, mezcla de hollín de pino y cola, cuyo propósito es el de preservar por más tiempo lo escrito.

Cómo llegó el arpa indomable a poder de Ti es algo que permanecerá oculto hasta el último de los días del hombre.

La conjetura más admisible es que fue obsequiada al emperador por el propio mago que la fabricó o por algún señor feudal que quería congraciarse con él.

De lo que sí hay seguridad en las crónicas chinas es de que, durante varias décadas, el instrumento formó parte del tesoro de Ti y de que los más grandes arpistas del Imperio, sin excepción, se embadurnaron de fracaso, al acometer su inexpresivo cordaje.

Aire

Cada vez que aparecía un nuevo ejecutante para el arpa, ésta era trasladada desde la habitación donde se le guardaba, hasta el centro de la Gran Sala Imperial.

Siguiendo unas estrictas reglas de protocolo, alrededor del arpista se ubicaban el emperador y su séquito.

Pero en lugar de la música de agua y terciopelo que anunciaba su presencia, el arpa nada más ofrecía acordes toscos, sonidos huraños que indignaban los dientes o notas desdeñosas, en nada parecidas a las melodías que los maestros intentaban desprender.

Sin que nadie lo hubiese propuesto ni impuesto, estas

sesiones habían desarrollado un curioso ritual que iba más allá del protocolo: se iniciaban con un largo saludo y una venia al emperador.

Proseguían con un inventario de méritos propios y de vituperios elegantes contra los colegas predecesores. El maestro de turno explicaba porqué habían fracasado todos antes que él y porqué él no habría de hacerlo.

A continuación, extendía las manos a uno y otro lado de las cuerdas y por último sonreía orgulloso, hasta el momento en que el cordaje exudaba el primer sonido torpe.

La mayoría de los rostros, incluso el del emperador, se arrugaban a partir del segundo o del tercero aunque, por la regularidad del fiasco, muchos de los cortesanos se anticipaban al discorde inicial.

Tal como el arco que Atenea obsequió a Ulises y al cual sólo él podía tensar su cuerda, apostar una flecha y asaetear con ella a enemigos y piezas de caza. Tal como Excálibur, la espada que puso a prueba su propia paciencia, aguardando en una piedra la mano de Arturo, de igual manera el arpa rebelde parecía tener una sola persona en el mundo apta para convertirla en un manantial de resonancias, en una lluvia de vibraciones.

Por esa persona esperaron Shih Huang Ti y su corte durante casi toda su existencia terrenal.

Agua

Un día como cualquier otro se presentó un nuevo maestro llamado Pai Ya y era tal su arte que a su nombre lo sucedía un apodo: *El Príncipe de los Arpistas*.

Aunque cuando se presentó ante el emperador su fama era considerable, también lo era la de la mayoría de quienes le habían antecedido.

Por ello, su nombre no escapó a las mofas y a los poemas de factura popular en los que se ponía en duda su

habilidad.

Al contrario de los músicos que se habían marchado con el prestigio hecho añicos, Pai Ya no se molestó por las burlas ni hizo valer su condición de huésped imperial para acallar los comentarios que se suscitaban a su paso.

A quienes le apremiaban para que enfrentase a sus gratuitos detractores les obsequiaba con una sonrisa medida, les dedicaba una leve inclinación de su torso y les envolvía en la misma frase:

–El único comentario que me importa es el del arpa.

Tal respuesta fue llevada en más de una ocasión a oídos del emperador, en boca de quienes consideraban una afrenta que el comentario del soberano no contase para el artista.

Para fortuna de Pai Ya, Shih Huang Ti convalecía de una dolencia y no prestó mayor atención a los que pretendían adularle con chismorreos y maledicencias.

Al momento de acometer el arpa, Pai Ya no se comportó como los demás ejecutantes.

Con gran humildad saludó al emperador y al resto del auditorio y luego se concentró totalmente en ella.

Durante los primeros minutos de un tiempo que pareció inmovilizarse, suspenderse en el aire como el vaho que precede al arco iris, Pai Ya se dedicó a acariciar las cuerdas y el cuerpo de madera.

En lugar de un discurso simultáneo al intento de domesticarla, Pai Ya recorrió en silencio, experimentando un evidente deleite táctil, toda la estructura del instrumento, como quien recorre las intimidades de un ser amado.

En torno suyo, se apagaron los sarcasmos, se oscurecieron las dudas y un mismo sentimiento se adueñó de cada uno de los presentes.

El primer contacto melódico de Pai Ya con las cuerdas dio paso a una armonía que en principio apenas resultó audible, como si el lugar de donde procedía se abriese tras un inmemorial letargo.

En pocos minutos, la música se elevó por encima de las cabezas, engendró un anillo voluptuoso alrededor de cada oyente y evitó que nuevas bocanadas de tiempo penetraran en la estancia.

Pai Ya despertó en el arpa todos los sonidos con que la naturaleza desborda a la imaginación, desde el murmullo que se produce en el horizonte cuando cambian las estaciones, hasta el crepitar de las hierbas en crecimiento y el vigilante mutismo de las piedras.

Hizo escuchar el torrente de los principales ríos, descendiendo por los montes y descansando en las acequias. Dejó oír el nítido paso de la brisa sobre las montañas y las cabelleras de los árboles.

Dio vida sonora a cascadas, a pétalos que se abren, a insectos que transportan el polen de uno a otro lado de un bosque.

Arrojó sobre su arrobado auditorio el susurro de los granos de arroz mientras se forman en las espigas y mostró el trémolo saludo que tributan las aves a cada nuevo amanecer.

Pai Ya hizo que el arpa cantase al amor y a la guerra, a la majestuosidad de lo excepcional y a la pequeña magnificencia de lo cotidiano, a la tempestad y al cielo abierto, al dragón que cabalga sobre el rayo y al tigre que acecha entre los arbustos, a la luz que disecciona las sombras y a las sombras que desvanecen los últimos fulgores del atardecer.

Cuando concluyó, el emperador, aún extasiado por lo que acababa de oír, preguntó al arpista cuál era el secreto de su éxito.

—Señor —respondió Pai Ya—, todos los demás fracasaron porque sólo se cantan a sí mismos. Yo dejé que el arpa escogiera los temas de su música y luego me confundí con ella. Lo que ustedes presenciaron fue un acto de amor. Como si estuviese con una mujer amada, en esos momentos no habría sabido decir si el arpa era Pai Ya o Pai Ya era el arpa.

HALLOWEEN
PARA MARCIANOS

8:00

Cuando eso pasó, mi esposa y yo vivíamos en Pittsburgh. Esa noche, no sé por qué, se me ocurrió llamarla al salir del trabajo. Demoró en atender y cuando lo hizo noté que estaba histérica, llorando. Me habló, entre sollozos, de que a América la estaban invadiendo los marcianos y que ella tenía miedo de que la encontraran viva. Cuando colgó, algo me dijo que debía apurarme y salí a la calle en busca de mi auto. En el trayecto vi mucha gente asustada e incluso estuve a punto de atropellar a alguien. No se me olvida cuan largo se me hizo el recorrido, ni que gracias a Dios llegué a tiempo para evitar que Mary Jo —mi querida y siempre recordada Mary Jo, cuánta falta me hace—, ingiriera un veneno: tenía el frasco en la mano.

8:01

Esa noche salí de casa y caminé sin rumbo por una carretera, no recuerdo cuál ni por cuánto tiempo, esperando toparme a cada instante con un marciano. Nunca había visto uno pero pensaba que tenían que ser horribles, como las pesadillas.

8:02

Cuando supe que los marcianos estaban en New Jersey, pensé: ¡gracias a Dios que estoy en San Francisco!

8:03

En casa nos reuníamos todas las noches a escuchar la radio. Teníamos un Telefunken modelo *catedral*. Nunca he podido olvidar que esa noche estábamos oyendo a Edgar Bergen, el ventrílocuo. Tenía un muñeco llamado... ¿Cómo era que se llamaba? Han pasado tantos años que no recuerdo bien... ¡Ajá, lo tengo: se llamaba Charlie, sí, Charlie McCarthy. Este Charlie McCarthy tenía una voz muy graciosa, uno reía nada más de oírla... Decía que estábamos

escuchando a Edgar Bergen, cuando intervino uno de esos cantantes que, como la voz no les da para la ópera, tratan de convertir cualquier canción en un aria, yo pienso que para no sentirse tan frustrados. No recuerdo su nombre, hasta ahí sí no llega mi memoria, pero él fue el causante de que nos cambiáramos a la CBS y nos enteráramos que había caído un cilindro del espacio y que el cilindro estaba ocupado por marcianos. Yo era un adolescente y ver a mis padres y a unos tíos que vivían con nosotros, aterrados, sin saber qué hacer ni qué decir, es algo que se me ha quedado aquí, en la cabeza, para siempre.

8:04

Todo lo que pasó, pasó porque era de noche. En la noche –y si no me cree, pregúntele a cualquier niño–, uno es capaz de creer lo que le digan y si es algo que da miedo, mucho más.

8:05

Elizabeth, mi hermana, lanzó un alarido que me hizo dejar de inmediato lo que estaba haciendo y correr en su auxilio. Me habló de los marcianos y como es lógico no le creí, hasta que yo mismo oí cómo los describían: ojos negros, tentáculos en lugar de brazos, grandes como osos y con una piel brillante, parecida al cuero húmedo. La pobre parecía un animal acosado, no sólo en la forma de mirar sino también en la postura del cuerpo sobre la cama. Además, temblaba, temblaba mucho, demasiado...

8:06

Estaba muy asustada. Tenía miedo de que los marcianos fueran más crueles que nosotros, los humanos.

8:07

Yo estaba en la Cuarta Avenida, cuando comenzó el

escándalo. Una señora dijo que nos estaban invadiendo los marcianos y que por la radio estaban solicitando voluntarios para enfrentarlos. A ella y a otras personas que pasaban les pregunté dónde podía enrolarme porque yo había estado en Alemania, en la Primera Gran Guerra y, cuando a uno se le mete la pólvora en la sangre, ya más nunca se la puede sacar.

8:08

La paciencia nunca fue una virtud de nuestra familia: por eso fuimos de los primeros en salir a la calle, a dar vueltas y topetazos contra las paredes, como las mariposas.

8:09

Mi familia vivía en un octavo piso, en un edificio que carecía de ascensor. Por eso fue que no salimos y nos quedamos oyendo la radio, hasta saber a qué atenernos. De vez en cuando, nos asomábamos al balcón y, como la confusión iba en aumento, el miedo también crecía en nosotros. Pero ninguno salió a la calle: todos le temimos más a los ocho pisos que había que bajar y subir de nuevo que a los marcianos.

8:10

¿Que si lo recuerdo?! ¡Claro que lo recuerdo! ¡No creo que nunca se haya producido nada más patético: los habitantes de las ciudades buscaban refugio en las montañas y en el campo, en tanto los campesinos y los montañeses querían refugiarse en las ciudades!

8:11

Esa tarde yo había estado hablando con unos amigos acerca de que algo oscuro se avecinaba con Hitler y Mussolini repartiéndose a Europa, con Stalin gobernando a los rusos con mano de hierro y con los españoles en guerra con ellos mismos. No se me olvida que Steve Palmer, que

había ido conmigo a la secundaria, dijo estas palabras: ojalá hubiera vida en Marte y vinieran los marcianos a salvarnos.

8:12

Mi madre siempre creyó en la reencarnación y, cuando se enteró de lo que estaba ocurriendo, nos abrazó a sus tres hijos y, levantando los ojos al cielo, dijo: Dios nos conceda la dicha de estar juntos de nuevo en la próxima vida.

8:13

Fue grandioso usar música intercalada entre los boletines, porque hizo parecer todo tan natural, tan cotidiano que, de no haber estado en cuenta, yo también me hubiera echado a la calle.

8:14

A mí me inquietaba una cosa: si los marcianos nos habían estado observando, con toda seguridad que me habían visto más de una vez desnuda o en ropa íntima y me dije ¡qué horror.!

8:15

Me llamo Harry Hess y soy geólogo. Yo trabajaba con el Doctor Arthur F. Buddington. No supe nada de lo que estaba ocurriendo hasta que él me lo dijo y me pidió ayuda. No recuerdo haber sentido miedo aunque sí curiosidad por ver aquel cilindro o lo que fuera. En el trayecto hacia donde nos habían dicho que se hallaba, casi no nos hablamos por la emoción y creo que por ello las cinco millas hasta Dutch Neck se nos hicieron interminables. Al llegar, qué decepción: vimos muchos curiosos, pero no estaban ni el cilindro ni los marcianos.

8:16

Nunca he creído que todo fuera ficción porque yo vi el

resplandor de las explosiones cerca de Princeton y como yo mucha gente que estaba conmigo. Yo he llegado a la conclusión –tal vez me equivoque–, de que alguien hizo estallar quién sabe qué cosa para crear pánico. Yo sospecho hasta del mismo Orson Welles.

8:17

Yo estaba muy pequeño y lo único que me viene a la memoria es una noche en que no pasó nada, pero todo el mundo creyó que sí estaba sucediendo.

8:18

¡Pobre Chicago –recuerdo que comenté con ironía esa noche, cuando alguien me informó equivocadamente que la invasión marciana era en Chicago–: primero los gánsteres y ahora los marcianos!

8:19

Durante muchos años hubiera jurado que lo de aquella noche fue una patraña del radioteatro de Orson Welles, pero hoy creo que todo fue planeado por Roosevelt y los demócratas, para saber si los ciudadanos estábamos preparados para ir a la guerra.

8:20

Somos católicos desde hace cinco generaciones. Esa noche nos arrodillamos a rezar en la calle y quienes pasaban nos imitaban. Es una lástima que los seres humanos sólo nos acerquemos y entendamos cuando hay una catástrofe.

8:21

Nadie sabía qué hacer. Todo el mundo tenía miedo, muchísimo miedo. La gente corría de un lado a otro, hablando de lo mismo, aumentando con rumores el pánico

general. Una vecina dijo que ella había visto unas luces que descendían en los suburbios y eso aumentó el terror en la manzana. En ese momento nadie se acordó, ni siquiera yo, que esa vecina era miope y que, por coquetería, odiaba usar espejuelos.

8:22

Yo pienso que estábamos tan poco acostumbrados a ver el cielo en la ciudad que, como esa noche estuvo despejado, muchos de los que oyeron el programa de Orson Welles vieron por primera vez a las estrellas y las confundieron con naves marcianas.

8:23

He sobrevivido a las dos guerras mundiales y también a la guerra contra los marcianos, una noche a finales de octubre de mil novecientos treinta y ocho. ¡Qué noche, amigo, qué noche! Dicen los que vivieron las dos situaciones –yo era un niño en 1910–, que algo parecido ocurrió cuando se creyó que el cometa Halley iba a chocar contra el mundo y lo iba a destruir. En esas horas de locura colectiva, muchas mujeres perdieron la dignidad y se entregaron al desenfreno y a la lujuria. La que anduvo conmigo la noche de los marcianos, no me acuerdo cómo se llamaba, sólo la vi esa vez: ¡tenía unos pechos y unas caderas...!

8:24

Ojalá hubiera sabido que se trataba de una obra de teatro: nunca, en mis ochenta y cuatro años, he tenido tanto miedo como esa noche y quiero que sepa que he visto la muerte de cerca en cuatro ocasiones.

8:25

A mí el miedo me paraliza pero esa noche lo que me produjo fue frío, un frío tan intenso que parecía de invierno.

Recuerdo que me metí en la cama, bajo todas las mantas que tenía, esperando la muerte o la vida.

8:26

De no ser porque mi madre me entregó la bata de baño cuando bajábamos a la calle, yo habría salido desnuda y con el jabón corriéndome por las piernas, porque cuando supimos que los marcianos habían matado a cuarenta personas con un disparo de su rayo calórico, sólo pensamos en huir y salvarnos.

8:27

Yo era un adolescente cuando eso ocurrió. Mi padre me dijo: Oliver, tu patria, tu familia, la libertad de todos está en peligro. Prepárate: seguro que esos marcianos han sido enviados por los rusos o son rusos disfrazados y tarde o temprano tendremos que defendernos.

8:28

Mucha gente hablaba de bombardeos y de luces en el cielo, de emanaciones de gas y de columnas de humo, de meteoros candentes y de marcianos horrorosos. No recuerdo quién ni en qué momento dijo haber visto a un ángel que venía a salvarnos y le juro, por Dios, que le creímos.

8:29

Yo no quiero ni imaginar lo que ocurriría si eso que se hizo por radio, con ese resultado, se hiciese hoy por televisión.

8:30

Mi marido era policía y, cuando supe lo de los marcianos porque me llamó una hermana, me sentí viuda y abandonada de Dios. En aquel momento pensé que ellos iban a matar a Henry para comérselo o, simplemente, para que no

les estorbase la invasión.

8:31

Yo había estado tres meses detrás de una mujer y ese domingo al fin la había convencido para que se acostara conmigo. Era casada y nunca supe qué excusa le inventó al marido para encontrarse conmigo en Coney Island y divertirnos un poco, antes de lo otro. No tendríamos ni diez minutos juntos, cuando la gente se volvió loca y ella decidió regresar a su casa. Desde entonces se la juré a Orson Welles y por eso jamás vi ni **El Ciudadano Kane**, ni ninguna de sus otras películas.

8:32

De la transmisión sólo recuerdo que mi hermano mayor —que siempre fue muy práctico—, comentó que eso que estaban narrando no podía ser verdad por dos razones: una, porque era imposible que los marcianos tuviesen naves tan avanzadas como para salvar la distancia entre ellos y nosotros en veinte minutos, que era lo que habían dicho en la radio. También habló algo sobre las armas que supuestamente tenían, pero ya ha pasado tanto tiempo que no recuerdo qué dijo.

8:33

Hacía poco tiempo que me había quedado sola, después de mi segundo divorcio. Yo no sabía ni me imaginaba cómo eran o podían ser los marcianos pero, créame, llegué a pensar que con alguien de otro mundo tal vez sí que me podría entender.

8:34

Cuando todos estuvimos dentro de nuestro automóvil,

éste se negó a andar y mi hija, que entonces tenía diez años, dijo: espero que los marcianos no tengan abrelatas.

8:35

Esos del *Teatro Mercury en el Aire* —Orson Welles, John Houseman, Howard Koch y los otros—, sabían lo que hacían. Yo fui de los que supo que se trataba de ficción y por eso me divirtió mucho saber lo que estaba pasando. Lo que no me gustó fue que después del escándalo y del éxito Orson Welles se tomara para él todo el crédito. Koch, el libretista, por sólo nombrar a uno de los que trabajaron con él esa noche, era un hombre muy talentoso: fue nada menos que el guionista de **Casablanca**.

8:36

En la Central de Policía recibimos tantas llamadas que nos declaramos en emergencia. Recuerdo la de una mujer que llamó para reportar a un merodeador. Dijo que se trataba de un marciano al que le brotaban luces por los ojos y había tratado de seducirla.

8:37

Yo no me enteré de nada, estaba durmiendo. Yo siempre me he acostado a dormir muy temprano y a levantarme igual. Cuando me dijeron que los marcianos nos habían invadido la noche anterior, sin aclararme que todo había sido un programa de radio, me deprimí mucho porque, por estar durmiendo, siempre me perdía todo lo interesante que ocurría en Nueva York.

8:38

A mí lo que me indignó fue pensar que si Norteamérica era la vanguardia del mundo y sus ciudadanos estábamos indefensos, ¿de quién podíamos esperar ayuda? No soy atea ni nunca lo he sido, pero llegué a pensar que Dios no existía.

8:39

Una feria del miedo, eso fue lo que hubo esa noche.

8:40

Hoy uno se puede reír de lo que se vivió esa noche porque ya sólo se trata de un recuerdo. Y, además, para eso son los recuerdos, para que uno comprenda que vive inmerso en una tragicomedia de grandes proporciones y que nada de lo que a uno le parece importante en realidad lo es a la vuelta de unos años.

8:41

¿Usted se ha imaginado alguna vez cómo es el infierno? Póngale luces de neón, asfalto y miedo y eso era Nueva York el treinta de octubre de mil novecientos treinta y ocho.

8:42

Yo no supe qué hacer y como vi que la multitud aumentaba en la calle, me encomendé al Señor y me escondí en los escombros de un edificio que habían demolido en esos días. Allí me quedé dormida y no supe más de mí hasta el otro día.

8:43

Aunque yo llamé al **New York Times** y allí me dijeron de lo que se trataba, tanta gente atemorizada, echada a la calle, me hizo pensar que o los muchachos de la prensa se habían equivocado o sabían algo que no me habían querido decir.

8:44

En esa época, éramos ingenuos, muy ingenuos. Ahora, aunque usted vea las cosas por televisión y en vivo, siempre

tiene la impresión de que lo que está viendo es un montaje, en el que muy poco de lo que se ve es cierto.

8:45

Una cosa sí se demostró esa noche y es que hace falta muy poco para que un país se vuelva loco de un momento para otro.

8:46

Alguien me dijo hace tiempo que lo que hizo lucir tan auténtico el relato de quien decía ver a los marcianos fue que Frank Readick, el actor que encarnó el papel del locutor que reseña la llegada de los marcianos, tuvo acceso a una grabación que la Columbia guardaba en sus archivos. Readick estudió esa grabación, que contenía la narración sobre el estallido y la caída del dirigible “Hinderburg”, y después imitó a la perfección las inflexiones y el tono de voz del locutor que casi enloqueció, mientras describía la catástrofe.

8:47

Mi esposa estaba dando a luz en ese momento y me enteré de lo que estaba ocurriendo, porque el hospital se declaró en emergencia ante el número de desmayados que llegaba. Estuve tentado a salir a la calle a ver qué era lo que en verdad ocurría, pero tuve miedo y me quedé. En la media hora que transcurrió hasta que supimos que todo lo había ocasionado un programa de radio, el pánico se apoderó del hospital. Por fortuna, no pasó gran cosa... Aunque a mí sí me ocurrió: nació mi hija Christine, que hoy es toda una mujer que vive con su esposo y sus dos hijos en Alabama.

8:48

Si los ladrones no hubiesen estado tan asustados como la gente honesta, esa noche habrían ganado más que en todo

el año, porque la gente huía y no se acordaba de cerrar puertas ni ventanas y la policía estaba muy ocupada, evitando tragedias.

8:49

Cuando supe que todo había sido ficción, me sentí tan estúpida que me indigné como nunca. Entonces llamé a la Columbia para insultar a los autores y desearles todos los males de este mundo, pero el teléfono siempre daba ocupado y no logré comunicarme.

8:50

Eso ocurrió porque no había censura. Hay quien opina que la censura es dañina, pero yo creo todo lo contrario. Y no lo digo porque soy militar de carrera, sino porque siempre he pensado así. Hay que ver cuántos malos ratos se habrían ahorrado el país y la civilización toda si, en su debido momento, los que están al mando hubieran recurrido a la censura.

8:51

En realidad, a lo que la gente le temía era al marciano que cada quien llevaba dentro, porque era a su imagen y semejanza.

8:52

Esa ocasión me sirvió para saber quién era y cómo pensaba mucha gente que vivía a mi alrededor. Uno cree conocer a las personas, pero la verdad es que no sabe quién es quien. Nunca he olvidado a un vecino que nos exhortó a negociar nuestras vidas a cambio de pequeños servicios a los marcianos, ni a otro que riñó con su padre porque no había hecho testamento, ni a una mujer que, tratando de disimular su pánico con una desfachatez que estaba lejos de sentir, le confesó a su marido que ella le ponía cuernos cada vez que

tenía oportunidad de hacerlo.

8:53

Cuando el Secretario del Interior se dirigió al país y pidió a la gente que conservara la calma, supe que algo grave estaba ocurriendo y que, como siempre, los ciudadanos comunes estábamos llevando la peor parte.

8:54

La importancia que tiene esa noche para la historia de la humanidad es que anticipó unos años los horrores del fascismo. Fue una noche oscura, de una oscuridad metafísica, porque se le dio salida a lo peor de nosotros mismos, como lo hicieron Hitler y compañía en los años siguientes.

8:55

Lástima que en esa época no se repetían los programas: a mí me hubiera gustado oírlo dos veces.

8:56

Por caballerosidad y, aunque han pasado muchos años, no puedo mencionar el nombre que más he amado. Sólo puedo decir que la noche más alucinante de mi vida se la debo a Orson Welles.

8:57

Mi padre llegó de la calle y nos dijo que encendiéramos la radio. No sé quién le informó que los marcianos habían bajado a declararnos la guerra. En ese instante, nos enteramos que siete mil soldados los estaban enfrentando y sentimos un gran alivio. El miedo nos invadió más tarde, cuando anunciaron que de los siete mil sólo quedaban ciento veinte. Papá, mamá, Cindy y yo lo que hicimos fue apagar todas las

luces y abrazarnos en la oscuridad a esperar lo peor. Cuando se supo que todo había sido de mentiras, nos reímos mucho, nos estuvimos riendo hasta medianoche, tomando el champagne que papá guardaba para las grandes ocasiones y riéndonos de las distintas formas de miedo que habíamos experimentado.

8:58

Oí el programa hasta el final, pero no desde el principio, como la mayoría de la gente. Como no sabía qué hacer ni dónde ir y escuchaba el ruido pavoroso que llegaba desde la calle, me senté junto a la radio a comer chocolates. Cuando terminó y se produjo un silencio interminable, me metí en la boca todos los chocolates que me quedaban, por si después no tenía oportunidad de hacerlo.

8:59

Mi esposa y yo estábamos en el banquete anual de la empresa, cuando se supo que los marcianos habían bajado a la Tierra. Frank Whitehall, que trabajaba en la misma sección que yo, comentó que seguramente se trataba de un truco publicitario de alguna cadena de almacenes porque, con respecto a los años anteriores, las ventas para el halloween del treinta y ocho habían decaído bastante.

ÍNDICE

El hombre más sabio del mundo	4
Las manos	17
Crónica extemporánea del pancracio	29
Acto de amor de cara al público	35
Halloween para marcianos	44



Armando José Sequera (1953) es un escritor y periodista venezolano, autor de cuarenta y nueve (49) libros publicados, gran parte de ellos para niños y jóvenes. Ha obtenido dieciséis (16) premios literarios, tres (3) de ellos internacionales: el de la Casa de las Américas (La Habana, Cuba, 1979); Diploma de Honor IBBY (Basilea, Suiza, 1996) ambos con la obra **Evitarle malos pasos a la gente-**, y la Bienal Latinoamericana Canta Pirulero (Valencia, Venezuela, 1998), esta última con el libro **Teresa**. En 2006, fue postulado para el Premio Astrid Lindgren en Suecia.